

La muerte indócil de José Martí

*Cuando la ananké se lleva a uno de sus preferidos,
comienza la historia de los prodigios y los ecos.*

JOSÉ LEZAMA LIMA

Miguel Fernández

ANTE LA TUMBA DE LEZAMA, CINTIO VITIER RECORDÓ esta invocación de aquel poeta: «Ángel de la Jiribilla, ruega por nosotros. Y sonrío. Obliga a que suceda». El ángel custodiara la imagen suprema de Martí para la historia de Cuba. El genio poético de Lezama había concebido a Martí como «el único que logró penetrar en la casa del alibí, (...) donde la imaginación puede engendrar el sucedido y cada hecho se transfigura en el espejo de los enigmas». Vitier añadió que penetró allí «como imagen capaz de engendrar hechos redentores de la historia». Sólo que la persona redentora —decía Martí— es «una idea de otro mundo y edades».

La brasa filosófica de *Orígenes* se agota en el nivel premoderno de relatos míticos e imágenes cosmológicas. No podía ser otra la perspectiva historiográfica. Vitier escribió su historia de la eticidad cubana (*Ese sol del mundo moral*, 1975) como si la colonia hubiera existido porque vendría Martí y la República poscolonial porque, gracias a Martí, llegaría la Revolución¹. Pero si la entelequia revolucionaria es cumplida realización de la potencia martiana, entonces ya ocurrió lo esencial y sólo cabe abundar en razones. Sería mejor decirlo con versos del poema «Ofrecimientos», que Vitier llevó al número 33 de *Orígenes* (1953) por el primer centenario martiano: «Está lloviendo el gerundio remojado / de la lluvia sobre lo llovido».

El último centenario (1995) propiciaría la resurrección del ensayo «Martí camino de su muerte», en el que María Zambrano discierne la muerte como «de improviso» para

el hombre de acción común y como «madurez natural de un fruto logrado» para el poeta José Martí. En línea con Zambrano, Ezequiel Martínez Estrada juzgó la muerte de Martí tan inexplicable como «ajustada a la tragedia de su vida» y subió la parada origenista con que Martí se había revelado en los campos de Cuba cual «dios en viaje». Sin embargo, la prensa habanera dio la noticia profana de que Martí, «en traje de señorito, llama la atención por las maniguas» (*La Discusión*, mayo 17 de 1895).

Cada cual recorta a su gusto la imagen de Martí y esparce conjeturas sobre su muerte. Jorge Mañach se devanaba los sesos: «¿Arrebato épico? ¿Inexperiencia? ¿Codicia de su hora?». Para Guillermo Cabrera Infante no hay otra explicación: «por sus motivos, sin motivos, se suicidó». En busca de motivaciones, Joel James Figarola encuentra que murió por silencio e incomunicación con los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo², pero aquellos son extremos tan sutiles, que acaso la herramienta historiográfica sea demasiado roma para tocarlos. «Hay causas probadas y evidentes: ¿A qué buscar causas impalpables?»³.

Florencio García-Cisneros trata de asir la causa eficiente por culpa de Gómez⁴, pero acaba imputándole haber pedido la intervención yanqui en la guerra hispanocubana, sin otra prueba que su carta (Sancti Spiritus, febrero 9 de 1897) a Grover Cleveland, que sólo instaba a la protesta de Estados Unidos contra los desmanes del colonialismo español.

Lezama se equivocó. Martí no fue el único que logró penetrar en la casa del alibí. Tras él, irrumpió la tromba de historiadores y periodistas, ensayistas y poetas que no sólo transfiguran los hechos en el espejo de los enigmas, sino que hasta engendran lo sucedido el 19 de mayo de 1895 en Dos Ríos. El volumen mecanografiado *Treinta años de bibliografía martiana (1959-1989)*, de Araceli y Josefina García-Carranza, registraba ya medio centenar de artículos sobre la muerte de Martí en periódicos y revistas.

Aquí y ahora se remueven o enmiendan gambitos ideológicos e interpretativos. Este cometido supone desfogar la crítica dondequiera que antes aparentaba certeza y arrostrar el temor que ya sentía el poeta Eugenio Florit cuando concurreó en prosa al consabido número de *Orígenes*: «No decir lo justo, ni lo bastante».

ENEMIGO RUMOR

Quizás el relato de mayor arrastre acerca de la caída de Martí en combate provenga de José Miró Argenter, quien dedicó al campo de Dos Ríos un capítulo completo de sus *Crónicas de la guerra* (La Habana, 1909). No cabría otra deducción lógica: «Buscó él mismo la muerte (...) solicitado por la grandiosidad de su destino que le ofrecía aquella ocasión de alcanzar la inmortalidad, la primera que le brindaba la fortuna».

Semejante conclusión persiste como piedra de escándalo historiográfico. Más acá de Cabrera Infante afloró en las *Glosas...* (1926) de Julio Antonio Mella sobre Martí revolucionario: «Si la envidia de los roedores del genio no lo hubiese llevado a inmolarse prematuramente en Dos Ríos, él habría estado

al lado de Diego Vicente Tejera en 1899, cuando fundó el Partido Socialista»⁵. Aun Fidel Castro habría confesado: «Cuanto más lo pienso, más creo que fue un suicidio»⁶.

Gonzalo de Quesada (hijo) sostuvo igual tesis hacia 1942, pero abjuraría por convicción de que, tras arengar a las tropas, Martí no podía obedecer la orden de Gómez y ponerse a buen recaudo: «¿Qué concepto se habrían formado los demás insurrectos?». La originalidad de justificaciones posteriores radica sólo en el álgebra verbal. Rolando Rodríguez, autor del único libro (*Dos Ríos: a caballo y con el sol en la frente*, 2001) catalogado en la Biblioteca del Congreso estadounidense bajo el epígrafe «Muerte y entierro de Martí», asegura que «le habría parecido femenil quedar aguardando el regreso de los combatientes».

Para mayo 19 de 1895, Gómez anotaba en su *Diario de campaña* (1941): «Martí, que no se puso a mi lado, cayó herido o muerto en lugar donde no se pudo recoger y quedó en poder del enemigo. Cuando supe eso, avancé sólo hasta donde pudiera verlo (...) Cuando ya íbamos a enfrentarnos con el enemigo le ordené que se quedase detrás; pero no quiso obedecer mi orden y no pudiendo yo hacer otra cosa que marchar adelante para arrastrar a la gente, no pude ocuparme más de Martí».

Enrique Moreno prefiere dar la orden de «permanecer en el campamento» para soslayar por qué Martí iba tan al frente, como si fuera explorador, que cayó delante de Gómez. También suele rebajarse la orden para atenuar la desobediencia. En la primera biografía cuidadosa de Martí, Manuel Isidro Méndez asevera que Gómez le «recomienda [que] se aparte del peligro, [pero él] aguija animoso al caballo»⁷. Para Fernando Portuondo, «desoyó el consejo de Gómez», mientras que Francisco Pérez narra: «A pesar de las orientaciones de Gómez, cargó temerariamente». Y en la red navega, como suposición de Gómez, «que Martí obedecería su indicación»⁸.

Ante tanto fuste argumentativo, cabe redargüir que la simple indicación, orientación, consejo, recomendación, orden, o lo que sea, de quedarse atrás, no basta para el bautismo de fuego. Las fuerzas morales justifican a lo sumo por qué Martí salió a combatir, pero jamás por qué fue la única baja mortal de los cubanos en Dos Ríos.

Rolando Rodríguez sugiere que Martí avanzó «con la idea de que su ejemplo podía arrastrar a una tropa que Gómez apuntaría que en esos momentos flojeaba y le faltaba brío». Aparte de que se había separado de Gómez y desconocía cómo se desarrollaba el combate, Martí no tenía gente bajo su mando ni a su alrededor para darles impulso ejemplar. Según el propio Rodríguez, cargó sólo con un ayudante del general Bartolomé Masó: Ángel de la Guardia.

IMAGEN Y POSIBILIDAD

Esteban Valderrama descartó los recursos pictóricos de moda con tal de llevar el desamparo de Martí al lienzo *La muerte del Apóstol* (1918). Sobre el fondo arbolado y sin nadie más que Ángel de la Guardia lidiando con su caballo herido, Martí empieza a caer del suyo, hacia atrás, llevando una mano al

pecho y sosteniendo con la otra su revólver. Para ilustrar el aciago episodio, la sección «Hoy en la Historia» de *Granma* digital (www.granma.cubaweb.cu) presenta la tricromía imperfecta que transmite el aura tremenda de aquel óleo. Los cancerberos ideológicos no se han percatado aún de que el Instituto de Historia de Cuba insertó en otra página (www.cubagob.cu) un cuadro que recrea la caída de Martí, a caballo, en medio de tumultuoso combate de infantería. No son raros estos colapsos de comunicación gráfica. En el texto de *Historia de Cuba* (1990) para quinto grado, el niño cubano lee que «Martí montó en su caballo, revólver en mano», pero este último brilla por su ausencia en la ilustración correlativa.

Tras exhibir su obra en el Salón Nacional de Arte (La Habana, febrero de 1918), Valderrama recibió críticas tan punzantes, que cedió al impulso emotivo y acabó destrozándola. Irremediablemente deshecho en jirones, el óleo de Valderrama evoca la fragmentación del discurso historiográfico sobre la muerte de Martí. Por lo menos, desde la temprana monografía *El calvario de Martí* (1923), de Rafael Sentmanat, quienes entran en la casa del alibí saben que «vano sería pretender conciliar todas las narraciones». Cada cual enhebra entonces su propia historia. No queda más remedio que abandonar a Leopoldo von Ranke con su misión de articular el pasado «como verdaderamente ha sido» y sentar la historia como crítica de las mentiras actuales.

JUEGO DE LAS DECAPITACIONES

Jorge Ibarra postula: «Martí cargó en Dos Ríos, como lo habían hecho todos y cada uno de los jefes de nuestras guerras independentistas»⁹. Sólo que si estos eran militares, aquel era dirigente político e ideólogo revolucionario, *apud* Ibarra mismo, y cargó con la doble condición equívoca de mayor general sin tropas y sin otro jefe que el jefe de todos.

Fermín Valdés Domínguez puso ya el dedo inquisitivo en la llaga de Dos Ríos: Martí «no seguía a nadie» (*El Triunfo*, mayo 19 de 1908). Rafael Esténger precisaría: «La gente de Gómez avanzaba sin orden riguroso, casi a capricho, y Martí quedó solo». Dominador de la Guardia escribió (Niquero, marzo 11 de 1916) al doctor Eligio Palma que al cruzar el Contramaestre «se perdió la formación y ya nadie trató más que ser de los primeros (...) A la orden de alto del general Gómez, nos detuvimos; (...) Éste le dijo a Martí: «¡Aquí!», y le señaló detrás de él, como para ampararlo con su cuerpo. Yo estaba al lado del general Masó y mi hermano Ángel al lado mío y junto a Martí; al romper el fuego contra la columna [española], Martí convidó a mi hermano Ángel para seguir adelante, y así lo hicieron»¹⁰.

Sin embargo, Ibarra cuenta «que Gómez, Masó y Martí estaban juntos cuando fueron sorprendidos por la columna de [José Ximénez de] Sandoval». Incluso un proyecto de Constitución, que venía elaborando Martí, se habría extraviado «como resultado del asalto (...) al campamento cubano». Amén de que no pueden considerarse sorprendidos quienes pasan a caballo un río crecido y arremeten contra el enemigo, aquella columna no asaltó este

campamento. Tal como relató Ximénez de Sandoval (*La Discusión*, septiembre 9 de 1911), su fuerza sostuvo breves tiroteos con grupúsculos mambises mientras marchaba hacia Dos Ríos hasta que, por el cansancio y el calor, acampó casi al mediodía para hacer rancho a la ligera. En eso, la atacaron.

Así y todo, José Cantón prosigue enseñando que «las tropas españolas sorprendieron (*sic*) el campamento de Gómez y Martí» (*Historia de Cuba*, 1996), mientras la prensa oficial propaga sombras con artículos como «Luz continua», de Iraida Calzadilla, quien asevera: «De nada valió que Gómez, ante la sorpresiva embestida enemiga, le ordena[ra a Martí] pasar a la retaguardia» (*Granma*, mayo 19 de 2004).

Eusebio Leal ponderó que Martí se hallaba desorientado en medio del fragor de la carga (*Juventud Rebelde*, mayo 16 de 1993). Por este flanco entra el alfilerazo de Cabrera Infante: «Martí se confundió en su primera batalla (...) pero fue el único confundido». Por el otro flanco, Leal expone que los españoles estaban «a un tiro de piedra» de los cubanos, sin dejar sentado que entre unos y otros corría el Contraamaestre. También afirma que Ximénez de Sandoval escogió el teatro de operaciones y situó emboscadas en puntos estratégicos. Tal parece que esperaba por los mambises¹¹, cuando, en realidad, venía buscándolos y sólo tomó precauciones elementales al acampar¹².

En el último grito bibliográfico del Instituto de Historia de Cuba, la *Historia de Cuba (1868-1898)*, de 1996, resuena la aguda nota de que «cuando marchaba con Gómez hacia Camagüey, se producía la caída de José Martí. Poco después de vadear el Contraamaestre (...) la pequeña columna mambisa topó con fuerzas españolas». La encuesta gubernamental de Enrique Loynaz del Castillo (octubre 10 al 28 de 1895) arrojó, por el contrario, que «lejos de ser necesario e indispensable [el combate de Dos Ríos], contrariaba la marcha y plan de Gómez y Martí, que se dirigían al Camagüey, de prisa, a llevar la guerra e instalar el gobierno. Hubo que contramarchar y repasar el Contraamaestre para aprovechar lo que parecía la oportunidad de un triunfo brillante» (*La Discusión*, junio 5 de 1900).

Loynaz concluyó también que no hubo dirección alguna, sino galopar frenético y retroceso desordenado. En este contexto de acción debe ser ubicado Martí y rechazada la pretensión de que «No podía dejar de combatir en la primera oportunidad [ni] se encontraba adecuadamente preparado para salir con vida», como acota Joel James Figarola.

En el campamento cubano (Vuelta Grande) se oyeron primero algunos tiros y enseguida llegó la noticia de fuerzas enemigas al otro lado del Contraamaestre (Dos Ríos). Ramón Garriga dice que avisó el prefecto Pacheco; Gerardo Castellanos, que fue el teniente Álvarez; Juan Masó Parra, que el capitán Ramos. La clave radica en que la presencia del enemigo se notificó con antelación. Después hubo exceso de faltas en el arte de la guerra. El 14 de abril de 1895, Gómez y Martí habían circulado a los jefes y oficiales la orden de tener a los hombres disciplinados, es decir: dispuestos a prestar servicios sin perder «el tiempo que se ha de emplear en caer silenciosamente sobre el enemigo». Al justo reproche de Carlos Ripoll: «Debió Gómez averiguar la

posición del enemigo antes de atacarlo»¹³, se suma que debió atenerse a su propia circular: «Disciplina quiere decir orden, y orden quiere decir triunfo».

Una carta de Ximénez de Sandoval (Valencia, septiembre 4 de 1908) a Quesada (padre) tocó a degüello contra Gómez en el campo historiográfico de Dos Ríos: «Este general se dejó arrastrar al combate por la impetuosidad de sus soldados, (...) sin un plan de ataque combinado y preconcebido, sin explorar el terreno que yo ocupaba y desconociendo por lo tanto mi situación y la composición, cantidad y calidad de mis fuerzas».

Gómez admitió en el extracto de su diario que el combate fue «mal preparado», pero prometía «otro Palo Seco». Su imaginación se dispara cuando apunta que «muchas veces lo improvisado da resultados brillantes, [pero en Dos Ríos] perdimos a Martí, no obstante quedar nosotros dueños del campo». Él mismo acotó que, tras caer Martí, no pudo avanzar más allá de «donde pudiera verlo» y al cabo se resignó ante «un enemigo que ya de seguro no podía derrotar». Manuel Piedra Martell resumió mejor la «escaramuza» contra los españoles: «Tuvimos que cederles pronto el campo y la victoria»¹⁴.

Rolando Rodríguez explica que Gómez no había escogido el terreno ni contaba con tropas fogueadas y organizadas. En su biografía martiana *Cesto de llamas* (1996), Luis Toledo Sande recalca que no había escolta adecuada ni tiempo de preparar la defensa frente al enemigo bien armado y favorecido por la sorpresa. Ni Rodríguez ni Toledo han reparado en el testimonio de Juan Masó Parra: «Llegó el capitán Ramos y anunció que la columna española acampaba al otro lado del río. El general Gómez, con los generales Masó y Borrero, salieron con dirección al enemigo, pasando imprudentemente el río Contraamaestre, cosa que no debió jamás hacerse»¹⁵.

Gómez tenía tiempo y fuerzas de sobra, pero escogió batirse al otro lado del Contraamaestre sin pararse en barras porque columbró un segundo Palo Seco. Desde su arribo a Cuba (abril 11) no había entrado en combate y ahora contaba con casi 400 hombres. Rodríguez subraya que confió demasiado en que Martí compartiría la idea de cuidar su vida. En otra vuelta a la tuerca imaginativa, Toledo sugiere que regresó al campamento «por las noticias de la proximidad del enemigo [y] no podría evitar la tragedia, propia de la guerra» (*Bohemia*, enero 20 de 1995).

El mismo diario de Gómez demuestra que se alejaba del enemigo cuando retornó al campamento: «El 18 (...) levanto la emboscada y vengo a dormir a la Vega del Chino. El 19, a la Vuelta Grande». En «La casa del alibí», Mercedes Santos Moray engendra que Gómez «sale a molestar al convoy [y] choca con el enemigo»¹⁶.

Gómez comprometería a Martí por cabalgar cinco kilómetros, cruzar el Contraamaestre y batirse con una columna española, cuando ambos debían llegar a Camagüey, donde sesionaría la asamblea de representantes para dar Constitución y elegir Gobierno. Poco antes lo había dejado ya expuesto al mayor peligro. El 17 de mayo de 1895 Gómez salió «con los cuarenta caballos» (*apud* Martí) a engolfarse en el empeño insignificante de hostigar un convoy¹⁷. Martí se quedó «escribiendo con Garriga y [Augusto] Feria» en el campamento de Dos Ríos, bajo la protección de apenas otros diez hombres a pie.

Según editores críticos, la tarde del 18 llegó Masó a Dos Ríos «dejando un rastro que los españoles a esa altura han comenzado a seguir». Gómez regresaría el 19 a la Vuelta Grande¹⁸ sin haber topado con las fuerzas enemigas, que «venían desde Bayamo y Baire». La columna española no sólo vino en sentido contrario (de Palma Soriano a Ventas de Casanova), sino que saldría hacia Dos Ríos para el 19 y seguiría nada más que las huellas de Gómez.

Igual suerte que estos editores corre el enigma de «la tragedia, propia de la guerra», según Toledo Sande. La caída de Martí sería tan natural como providencial que Gómez sobreviviera. Mas en Dos Ríos no hubo providencia, sino «resultado lógico y preciso de nuestras acciones, favorecido o estorbado por las acciones de los demás»¹⁹.

Al referirse a la muerte de Martí, la doctora Diana Abad (UH) exigió tanto rigor histórico como, sin atisbo de disciplina científica, repudio a los «desmantelamientos ideológicos en contra del corazón de la patria». Sin embargo, no instiló gota de racionalidad académica. Como Martí predicaba la necesidad de morir, pues «no otra cosa es la guerra», debía poner su vida en peligro y, por aquello de «los caminos inescrutables», la historia quiso que, en su primer combate, muriera «el que no debía morir»²⁰.

La guerra presupone que cierto número significativo de individuos evitará la muerte y por ello es necesario conservar vidas con arreglo a fines. La falacia patética del querer de la historia responde a la misma razón perezosa que esgrimía Quesada (hijo): dar sentido a la caída de Martí ya sólo por el cumplimiento del deber para con la patria. «Lo demás fue obra del destino, de la fatalidad»²¹. Pero esta última «no es más que la debilidad o desesperación de los que la invocan»²².

Es mejor no hacerse idea, que hacérsela indigna de la tragedia y su protagonista. Para Martí, las causas reales destruyen las hipótesis: la suerte y el destino, lo escrito y la desventura²³. La librea del enfoque moralista es el afán de vivir emociones y concentrarlas como cifra de la trascendencia martiana, que se abre a múltiples usos por reducirse la posibilidad a lo efectivamente sucedido, sobre la base del «argumento victorioso» atribuido a Diódoro de Cronos: Siendo imposible que lo pasado sea distinto a lo que fue, no habría sido posible algo diferente, pues de lo posible resultaría lo imposible.

DADOR

En el sitio de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (www.uneac.com) se da la broza historiográfica «José Martí: muerte en Dos Ríos», que hiede a desinformación: «Gómez ha ordenado a Martí que permanezca en la retaguardia, junto a las fuerzas de Masó, protegido entre los ayudantes de éste, los hermanos Ángel y Dominador de la Guardia. Pero Martí no es hombre de los que aceptan ver los toros desde la barrera e invita a Ángel de la Guardia a que lo acompañe en la carga».

Es absurdo que Gómez ordenara a la gente de Masó retraerse como espectadores, cuando la fuerza toda venía a la carga tras cruzar el Contra maestre.

Así lo narró Ximénez de Sandoval en su precitada carta a Quesada (padre), donde agrega que Gómez «fue el único responsable de la muerte de Martí, y si un consejo de guerra le hubiera juzgado, así lo habría estimado, por no saberse imponer a Martí, atacar a ciegas y dejar hacer a sus subordinados cuanto les vino en ganas, y no imponer a todos los mandatos de su autoridad». Gómez, en cambio, achacó a Masó «en parte la culpa de la muerte de Martí», ya que éste había seguido por el centro, acompañado del ayudante De la Guardia, «un loco», mientras aquel rehusó apoyarlo en el avance y eludió el peligro, según la nota (agosto 29 de 1896) de Valdés Domínguez en el segundo tomo de su *Diario de soldado* (1972-74).

En carta al capitán Juan Maspon Franco (La Caridad del Almagre, junio 25 de 1895), Masó Parra dio buena cuenta de Gómez con arreglo a los despiadados parámetros de la historia: «Yo creo que haber esperado al enemigo en la orilla opuesta del río, desmontando una parte de la caballería y hasta flanquearlo por su derecha, era lo único que debía y pudo hacerse. No se hizo, y culpa sin duda fue del general Gómez, que dirigió el combate. Pues a los otros jefes no le cabe la responsabilidad colectiva de la consulta, que no hubo. Y para mayor abundamiento, el general Gómez conocía más que todos aquel territorio»²⁴.

En sus *Memorias de la guerra* (1989), Loynaz del Castillo recuerda que para julio de 1896 el general Serafín Sánchez le daba este recado confidencial de Gómez: tramitar cuanto antes la desertión de Masó Parra para «salcocharlo». Aunque se libró esta vez de los cargos, Masó Parra sería revocado del mando de la brigada de Trinidad hacia 1898 y citado por Gómez para el Cuartel General. Se presentó entonces a los españoles (Fomento, enero 20 de 1898) dando vivas al régimen autonómico. No obstante, su testimonio y opinión acerca del combate de Dos Ríos nunca podrán anularse por la defección. Martí dio esta pauta: «lo único verdadero es lo que la razón demuestra como tal»²⁵.

Para averiguar la suerte de Martí, Gómez remitió una carta al jefe adversario (Dos Ríos, mayo 20 de 1895), que daría pie a juicios encontrados por este pasaje: «Para nosotros, no obstante ser el señor José Martí un compañero estimable, nada importa un cadáver más o menos de tantos que tendrá que haber». Así quiso impartirle al enemigo una lección martiana: «Esta guerra es de pueblo, y no de persona» (*Patria*, marzo 14 de 1893). Según Rodríguez, no cabe otra exégesis, porque «la noche anterior Gómez había escrito en su diario: «¡Qué guerra ésta! (...) Ya nos falta el mejor de los compañeros y el alma podemos decir del levantamiento».

Mas los paréntesis de Rodríguez omiten precisamente la frase que priva de sentido a su argumento de inmediatez: «Pensaba (*sic*) yo por la noche, que al lado de un instante de ligero placer aparece otro de amarguísimo dolor». Esa noche ya pertenece al pasado con relación al momento en que Gómez escribe. Ni siquiera la calicata hermenéutica de José Massip (*Martí ante sus diarios de guerra*, 2002) ahonda en este pretérito indefinido: «Ese mismo 19 de enero (*sic*), horas después, Máximo Gómez (...) deja constancia en su diario de sentimientos transidos de tan honda aflicción que nunca antes ni después expresaría».

La errata colosal del mes palidece ante la interpretación errónea del día de anotación. No puede dilucidarse si el juicio loable de Gómez precede o no a otra carta (Ciego Najasa, agosto 22 de 1895) que mandó a Tomás Estrada Palma dando este criterio: «Lo que hizo Martí es nada, lo que usted tiene que hacer ahora es lo gordo. Aquello fue la incubación, ahora es llegada la hora del parto, que después de su fracaso (el pobre) tiene que ser muy laborioso. Porque Martí, aunque no es tiempo de juzgar, empezó a torcerse y fracasar desde la Fernandina hasta caer en Boca de Dos Ríos (...) Pudiera decirse que los amigos de Martí, que alocados lo endiosaban, lo empujaron a ocupar un lugar que no era el suyo y donde pereció sin beneficio para la patria y sin gloria para él»²⁶.

El 20 de mayo de 1895, Gómez escribió al jefe adversario: «No extrañe usted que no le llame por su nombre, pues lo ignoro»²⁷. En la relación «rigurosamente histórica» (1905) copiaría este apunte de campaña para mayo 18 de 1895: «El coronel Sandoval es el que manda la columna enemiga». Aquí Ximénez de Sandoval y García Cisneros han dado por advertir «la más sorprendente de las contradicciones»²⁸, pero ninguno de los apuntes de Gómez tuvo que redactarse el mismo día de los hechos. El 20 desconocía quién mandaba la columna española en Dos Ríos, pero ya lo sabía cuando dio entrada a este dato en el diario.

PARADISO

Desde la perspectiva origenista se conjura todo riesgo (en sentido aristotélico: acercarse lo terrible) de espanto frente a la muerte de Martí, que parece domeñada por transformarse su cadáver en «imperecedero polvo iluminado» (Toledo Sande, 1998). Pero Walter Benjamín, en su *Tesis de filosofía de la historia*, aconsejó adueñarse del recuerdo «tal como éste relampaguea en un instante de peligro», sin reparar en el costo de «una concepción de la historia que evite toda complicidad [con] los políticos». Quizás por ironía de la literatura de ideas, el significado de la caída de Martí en combate resultaría aprehensible y hasta útil, gracias a esta invitación del genio poético de *Orígenes*: «Ahora podemos penetrar, Ángel de la Jiribilla, en la sentencia de los Evangelios [2 Cor 4.7]: Llevamos un tesoro en un vaso de barro».

NOTAS

- 1 Cf. Ponte, Antonio J.; «El libro perdido de los origenistas»; en *La Gaceta de Cuba*, La Habana, julio-agosto, 1992, p. 45.
- 2 «Presencia de la muerte en José Martí»; en *La Gaceta de Cuba*; n° 2, La Habana, 1995, p. 12.
- 3 Martí, José; *Obras completas (OC)*; Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1975, tomo XXI, p. 35.
- 4 *La muerte de José Martí. Versiones y discrepancias de Máximo Gómez*; Noticias de Arte, Nueva York, 1994.
- 5 «Glosas al pensamiento de José Martí»; en *Anuario Martiano*, 6, La Habana, 1976, p. 255. La premisa de inmolación resulta tan discutible como la inferencia de militancia política.
- 6 Fogel, Jean Francois y Rosenthal, Bertrand; *Fin de siglo en La Habana*; Anaya & Mario Muchnik, Madrid-Barcelona, 1994, p. 480. Como no aclaran quién oyó, la expresión pasa como enemigo rumor.
- 7 *José Martí. Estudio biográfico*; Agencia Mundial de Librerías, Madrid, 1925, p. 129.
- 8 «Sobre el rumbo de Martí en la guerra»; en *Diario digital independiente (pacificar.com)*; enero 20 de 2005.
- 9 *José Martí, dirigente político e ideólogo revolucionario*; Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1980, p. 207.
- 10 Ubieta, Enrique; *Efemérides de la revolución cubana*; La Moderna Poesía, La Habana, 1920, tomo IV, pp. 290 ss.

- 11** Dislate de Luis Gómez y Amador en «¿Cómo fue la muerte de Martí?»; en *El nuevo Herald*; mayo 19 de 2000.
- 12** Cf. Serra Orts, Antonio; *Recuerdos de la guerra de Cuba*; Benítez Tipógrafo, Tenerife, 1906, pp. 35-41.
- 13** «El «morir callado» del Apóstol»; en *El nuevo Herald*; mayo 19 de 2004.
- 14** *Mis primeros treinta años*; Minerva, La Habana, 1943, p. 157.
- 15** *Primera parte de un libro para la historia de Cuba*; Bethencourt e Hijos, Curazao, 1904, p. 12. El 19 de mayo de 1895, Masó Parra era el jefe de día (orden interior y seguridad) en el campamento mambí de Vuelta Grande.
- 16** *Martí a la luz del sol*; UNAM, México, D.F., 1996, p. 148.
- 17** Loynaz, Enrique; *Memorias de la Guerra*; Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1989, p. 167.
- 18** En Dos Ríos Masó encontró a Martí, pero no pasto suficiente. El 19 cruzaron temprano a la Vuelta Grande.
- 19** Martí, José; *O.C.*; t. XXI, p. 17.
- 20** Intervención en el Aula Magna (Universidad de La Habana), mayo 17 de 1995. Vid. *Homenaje a José Martí en el primer centenario de su muerte en combate*; UM; Morelia, México, 1997.
- 21** *Patria* (La Habana); mayo de 1974. Mensuario de la Asociación de Antiguos Alumnos del Seminario Martiano.
- 22** Martí, José; *O.C.*; t. XXII, p. 280.
- 23** Martí, José; *O.C.*; t. XXI, p. 35.
- 24** Archivo Nacional de Cuba; *Fondo Donativos*, Caja 244, Número 40.
- 25** Martí, José; *O.C.*; t. XXI, p. 35.
- 26** Primelles, León; *La revolución del 95 según la correspondencia de la delegación cubana en Nueva York*; Habanera, La Habana, 1932.



Canibal.

(Serie: El domador y otros cuentos).
Óleo sobre tela, 140 x 150 cm., 2003.